

que malearon y corrompieron nuestras costumbres administrativas.

Y ya tenemos un nuevo mal, un gravísimo mal introducido en nuestra patria por la política intervencionista de los gobiernos norteamericanos.

#### GOBIERNO DEL GENERAL GÓMEZ

RESTAURADO el Gobierno cubano en 1909, durante los cuatro años en que el General José Miguel Gómez ocupó la Presidencia, se acentuaron las intromisiones de los Estados Unidos en nuestros asuntos interiores.

La reclamación llamada tripartita, de Francia, Inglaterra y Alemania, por daños causados a sus ciudadanos durante la guerra de independencia; la agitación veteranista; la agresión al Encargado de Negocios norteamericano Mr. Gibson por el periodista

Sr. Enrique Mazas; la concesión a la Compañía Agrícola de Zapata, para la desecación de la ciénaga de este último nombre, y la revuelta racista, dieron ocasión y pretexto a repetidas intromisiones del Ministro Americano en nuestros asuntos, en una forma fuera de la acostumbrada y que después se ha seguido como norma constante.

Pero en todos estos casos y en otros varios, frente a las tentativas de intervención se levantaron enérgicamente tanto el Presidente Gómez como sus Secretarios de Estado Justo García Vélez y Manuel Sanguily, y los Estados Unidos no pudieron llevar adelante sus propósitos intervencionistas.

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING

(Concluirá en el número próximo).

inteligencia, pero político oportunista y fluctuante; ni el antiguo presidente Wilson que, física o moralmente deprimido, fué descendiendo uno a uno, hasta recluirse en su oscuro hogar, los peldaños de su cátedra universal de pontífice civil de la paz y del Derecho; ni otro alguno, en fin, de los hombres que se han destacado en la gran tragedia de estos diez años últimos, reveló aquel temple de ánimo, aquella entereza en la personalidad, aquel augusto dominio sobre las vicisitudes de la vida que caracteriza la vigorosa, serena, majestuosa fisonomía espiritual de los personajes de Plutarco.

¿Es que Plutarco mintió? ¿O es que está ya agotada la cantera humana de donde sacaron sus héroes Atenas y Roma? Acaso la vida pública ha crecido, la sociedad se ha desarrollado y complicado desmesuradamente, y ningún genio moderno podría enfrentar los problemas mundiales del siglo XX con aquella grave seguridad y aquella firmeza de mano y de corazón con que los legisladores filósofos resolvían los problemas relativamente sencillos de las ciudades antiguas. Tal vez, por el contrario, no es la vida la que creció, sino son las almas las que menguaron, y en estos tiempos pequeños, míseros, en vano buscaríamos aquellos grandes hombres que el mundo clásico formara con el gladio y la lira, a la sombra de los laureles, bajo las alas de la gloria.

Aquellos excelsos varones, naturalezas fértiles, cual la de Alcibíades, para el bien y para el mal, eran individualidades fuertes y acentuadas y, al mismo tiempo, sacrificaban su individual instinto a la obra colectiva, a la común grandeza de la ciudad. No cabe duda, en cambio, de que, en la época presente, el vigor original de la personalidad, el alma potente y hermosa, queda oscurecida por los progresos utilitarios de la técnica y de las ciencias aplicadas; por los adelantos materiales de la mecánica y de la industria, y por la complejidad creciente de la especialización, la estadística y la bibliografía. Se mira menos al hombre interior que a su posición, externa, a su riqueza o su categoría. Las cosas ahogan a la persona. Lo humano acaba por no interesar en el hombre.

Hace falta volver a la cultura de la personalidad. Vivir nuestra vida no es flotar a la merced de los vientos,

## Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 8 a 11½ a. m.

### REFLEXIONES Y LECTURAS

## ¿Mintió Plutarco?

PLUTARCO ha mentido...», concluye, a lo que parece, Juan de Pierrefeu, periodista francés, agregado al Gran Cuartel General durante la guerra europea, y encargado por el alto mando de la delicada misión de redactar los comunicados oficiales.

¿Recordáis las «Vidas paralelas»? En ese libro áureo, que aleccionó a la Humanidad durante tantos siglos, nos presenta el viejo Plutarco a los varones ilustres de la antigüedad clásica. Pericles y Fabio Máximo, Aristides y Catón, Alejandro y Julio César, Demóstenes y Cicerón, aparecen en esas páginas con la familiar intimidad de sus rasgos individuales y con la serena grandeza de sus almas próceres. Enseñanos Plutarco, según es fama, a conocer a los hombres. Pero si éstos son como los que el moralista griego describe, hay que tener fe en el poder del espíritu humano, en la obra de las personalidades geniales que, con la fuerza de su pensamiento y de su carácter, se imponen a las circunstancias, dirigen al mundo y hacen la Historia.

No; los hombres no hacen la Historia, viene a opinar M. Pierrefeu en su libro «Plutarque a menti». El escritor francés ha seguido de cerca, en contacto con los generales famosos que movían millones de soldados, esta colosal experiencia de la guerra. Y parece creer que, por el contrario, es la Historia, tejida por el ciego azar, arrastrada por ímpetus oscuros, la que a su antojo hace y deshace a los hombres.

Ahora resulta, por lo visto, que

aquella estrategia previsora, aquellos avances y repliegues metódicos «según plan preconcebido», de que se hablaba en los periódicos, influían menos en las realidades de la guerra que en la literatura de los comunicados oficiales. A lo mejor, la suerte de la guerra dependió de que al general Foch, en un momento en que, según las reglas clásicas del arte militar, debía disponer una retirada, se le ocurrió ordenar un contraataque en todo el frente, desconcertando así a Ludendorff, quien, con toda su técnica, esperaba que las operaciones se desenvolviesen dentro de los sanos principios de la lógica estratégica...

\* \* \*

Pero, en general, ¿dónde están ahora, a través de la enorme catástrofe de la guerra, y en esta gigantesca transformación que, después de ella, piden y buscan los pueblos, esos grandes hombres, capaces, como los ciudadanos de Plutarco, de gobernar los acontecimientos y regir el destino del mundo? Ni el kaiser, en su retiro doméstico de Holanda; ni la senil energía de Clemenceau o la académica ponderación de Poincaré, dos gobernantes de incuestionable valer, mas para los cuales el resultado moral de esta guerra, la mayor de todos los siglos, no ha de ser una Europa nueva, con un nuevo concepto de las naciones y de sus fronteras, sino, sencillamente, una nueva y más segura frontera para su propia nación; ni Lloyd George, estadista sagaz, de amplia